

La Málaga de Picasso

Málaga: su evolución económica durante el siglo XIX

Málaga fue una de las ciudades litorales que, en la segunda mitad del siglo XVIII, gracias a las ventajas del transporte marítimo y a la liberalización del comercio con América, vio surgir una burguesía que preparó el despegue económico de la siguiente centuria. La capital recibió una avalancha de comerciantes extranjeros



que acabaron por asentarse en ella, y cuyos descendientes aún pueden reconocerse en los apellidos Mandly, Temboury, Bolín, Gross, Pries, Loring, Huelin, Grund, Raggio... También llegaron inmigrantes del interior de la península (destacando los riojanos, como los Heredia y los Larios), que fomentaron una variada actividad económica allí donde se instalaron. La base de esta prosperidad

radicaba en la exportación de los productos agrícolas de la provincia, fundamentalmente vinos y pasas. Tal fue el volumen de su tráfico comercial, que en los años finales del siglo se convirtió en el segundo puerto en importancia después de Barcelona. De esta época, datan asimismo las primeras reformas urbanísticas encaminadas a la modernización y saneamiento de la ciudad.

El siglo XIX, sin embargo, se inauguró en desastrosas circunstancias que provocaron un caos económico y humano: virulentas epidemias, granizadas y terremotos, la invasión francesa y la Guerra de la Independencia. Pero fue en este escenario en el que un emprendedor como Manuel Agustín Heredia (oriundo de Logroño) inició su fortuna, gracias al contrabando con Gibraltar, comerciando con barcos neutrales y abasteciendo a las guerrillas.

En el segundo tercio del siglo, la actividad económica se recupera. Parte de la nueva burguesía pudo gozar de una extraordinaria acumulación de capital gracias, sobre todo, a una abusiva relación comercial con los cosecheros minifundistas de la vid, a quienes se les imponían precios y préstamos usureros. Ello les permitió el desarrollo de proyectos industriales que dieron un carácter distintivo a Málaga: siderurgias y manufacturas textiles y artesanas. Fue precisamente Heredia el pionero de tales empresas, con la fabricación de azúcar,

primero, y sobre todo con la creación de las ferrerías "La Concepción" (Marbella, 1826) y "La Constancia" (Málaga, 1833), que podía ser considerada una de las más modernas del mundo. Explotaban las minas de hierro de Ojén y Marbella, pero la hulla que consumían los hornos se traía desde Inglaterra al puerto de Málaga (desde donde el barco volvía con productos de exportación). El éxito de esta industria se vio favorecido por la guerra carlista, que paralizó los altos hornos vizcaínos. En 1841, Juan Giró abrió la ferrería "El Ángel".



A pesar del costo que suponía la importación del combustible, la siderurgia malagueña mantuvo su primacía en España hasta 1861-1865. Otras iniciativas industriales nacieron en Málaga y su provincia: textiles, de jabones, químicas, de abanicos, de litografías... Especialmente importante fue la "Industria

Malagueña", empresa textil fundada por los hijos de Heredia y por Pablo y Martín Larios. Aunque toda la materia prima procedía de Inglaterra, la eficiencia de sus instalaciones le hizo alcanzar un volumen de ventas que, en los años 60, convirtió a Málaga en la segunda ciudad algodонера de España, detrás de Barcelona. Otro de los hermanos Larios, Carlos, levantaría en 1856 otra fábrica de tejidos, "La Aurora".

Otros hitos en este panorama fueron la creación a mediados de siglo del Banco de Málaga y la construcción, por Jorge Loring, de la línea de ferrocarril Córdoba-Málaga en 1859-1865. Desgraciadamente, este proyecto, financiado principalmente por malagueños, fue un mecanismo de descapitalización de los mismos, pues su explotación resultó ser poco rentable; en 1879, se traspasó a la Sociedad de los Ferrocarriles Andaluces, controlada por capitales extranjeros.

La economía malagueña entró en crisis en los últimos decenios del siglo. Desde 1867, la siderurgia fue perdiendo competitividad frente a la del Norte de España, hasta el punto de verse abocadas al cierre las ferrerías "La Concepción" (en 1884) y "La Constancia" (en 1890). Sin embargo, lo peor estribaba en la situación agrícola: la base del comercio en Málaga era la vid, cultivada por labradores minifundistas de la provincia (fundamentalmente en la Axarquía), que producían pasas y vinos famosos. Pero a una serie de deficiencias estructurales (ausencia de capital, altos impuestos, falta de canales de riego, malas vías de comunicación, precios elevados en el transporte...) se unieron unas malas cosechas y la

competencia de la pasa californiana, que se disputaba el mercado americano y acabó derrumbando las exportaciones. La ruina definitiva vino de la mano de la plaga de la filoxera: iniciada en Francia, su llegada a Málaga se declaró oficialmente en 1878, y hacia 1885 casi todos los viñedos de la provincia habían sucumbido. Los pequeños agricultores, incapaces de superar la tragedia, vieron embargadas sus fincas, despoblaron los campos y emigraron a la ciudad, a otras provincias o al extranjero.

El 25 de diciembre de 1884, un terrible terremoto afectó a numerosas localidades de Málaga y Granada, arruinando casas y cultivos y provocando alrededor de unas 800 víctimas mortales. En 1885, la última epidemia de cólera del siglo produjo 1.700 muertos en la provincia de Málaga. En este mismo año de 1885, también se derrumbó la industria de la caña de azúcar, la más importante de España, debido a las heladas, a la introducción del cultivo de la remolacha y a una reforma arancelaria que permitió la importación de azúcar desde Puerto Rico y Cuba. Así pues, la economía local se hundió en todos los sectores, alcanzando finalmente a la industria textil (una buena parte de su mercado era el rural, deprimido por la crisis de la filoxera), logrando sobrevivir sus factorías hasta principios del siglo XX.